

En torno al olvido en el estudio de la variación lingüística del español

Yvette Bürki

Universität Bern

yvette.buerki@rom.unibe.ch

Laura Morgenthaler García

Europa-Universität Flensburg

laura.morgenthaler@uni-flensburg.de

1. Reflexiones preliminares

En el presente volumen queremos dar un espacio a aquellas variedades que, por distintas razones, no han recibido atención por parte de la dialectología hispánica tradicional. Para ello, creemos necesario adoptar una postura crítica que obligue a reflexionar acerca de los marcos epistemológicos e ideológicos desde los cuales se ha descrito la variación en el mundo hispánico y a partir de los cuales se ha establecido un canon de variedades.

La ineludible reflexión que implica el título de este monográfico acerca de lo que entendemos bajo la conceptualización de *variedades olvidadas* precisa ser abordada desde varias perspectivas. De entre ellas, queremos comenzar por una autocrítica: con el sintagma nominal *variedades olvidadas* estamos realizando un trabajo taxonómico, claro (justo ése que tanto nos gusta a las/los lingüistas) y que encierra ciertas dificultades y contradicciones respecto a la perspectiva crítica que se quiere adoptar aquí. Por un lado, con el núcleo de dicho sintagma, *variedades*, nos podríamos sumar a una cierta tradición de la lingüística, claramente anclada en el estructuralismo coseriano y en su conceptualización de lengua como diasistema arquitectural en el que la variación no es sólo geográfica, sino también social y estilística, es decir, en el conocido concepto de lengua histórica. También podríamos enmarcarnos en el sentido que al concepto de *variedad* le fue otorgado por los primeros estudios sociolingüísticos y que Trudgill y Chambers (1986: 5) definen como un “término neutral aplicable a cualquier tipo particular de lengua que se quiera considerar una entidad singular”. La pretendida neutralidad del término deja de serlo en cuanto que a través del mismo se procede a otro tipo de clasificación de las prácticas lingüísticas en unidades discretas (el *African American English* de Labov o, como ejemplifican los propios autores, el *Leeds English* o el *Midle Class Leeds English*) que remiten a una clara conceptualización monoglósica de lengua y que llevan asociada una epistemología esencialmente descriptiva. Epistemología que no es nuestro objetivo compartir y de la que, sin embargo, y no sólo por el simple hecho de usar la noción de *variedad* no logramos deshacernos por completo. Nos encontramos, pues, en la interfaz *poder/saber* tan bien reconocida por Foucault en la que el poder no sólo es experimentado, sino también constantemente ejercido por el individuo. Es desde esta posición simultánea y de imbricación absoluta en el sistema de poder que el individuo produce conocimiento y que lleva, en palabras de Cameron et al. (1992: 3), a una serie de dilemas a la investigadora social “we have to recognise that we are

inevitably part of a tradition of knowledge, one which we may criticize but which we can not entirely escape”. Por otro lado, siguiendo esta concepción de Foucault, es también exclusivamente desde las propias estructuras del poder que se pueden arbitrar procesos de resistencia: “yet or rather consequently, this resistance is never in a position of exteriority in relation to power (Foucault 1978: 95)”.

La heurística que nos consiente aquí una posición de resistencia frente a determinadas formas imperantes de producción del conocimiento dentro de la lingüística hispánica nos la otorga el participio adyacente a nuestro núcleo nominal, *olvidadas*. *Olvidadas* no pretende ser una taxonomía más que nos permita clasificar de un modo homogeneizante un grupo de variedades del todo dispares entre sí; no se trata tampoco, como desarrolla José del Valle en el primer artículo de este volumen, de “rescatar del archivo y para el archivo piezas hasta ahora ignoradas”. *Olvidadas* apunta a una visión discrepante con las epistemologías que han establecido un determinado corpus de variación y, por tanto, una determinada construcción del objeto de ‘lengua española’. *Olvidadas* nos da acceso a una serie de “historias alternativas” (Sippola, en este volumen) de dicha variación, en palabras de Klaus Zimmermann (en este volumen), a una “crítica a la ejecución de la ciencia”. Curiosamente, es el mismísimo DRAE el que nos da una respuesta más sobre el lugar en el que nos posicionamos con el adjetivo *olvidadas*: mientras que la última definición (‘no tener en cuenta algo’) es de una claridad que no necesita mayores dilucidaciones, la primera y segunda definición (‘dejar de tener en la memoria lo que se tenía o debía tener’ y ‘dejar de tener en el afecto o afición a alguien o algo’) nos dejan el magnífico beneficio de la duda y nos permiten adentrarnos en las agentividades causativas del olvido: ‘dejar de tener en la memoria o en el afecto’ implica, como bien reza el propio diccionario, que se trata de *algo* que se tenía anteriormente. Si trasladamos esto a las corrientes filológicas artífices del constructo que hoy llamamos *lengua española*, cabría suponer que este otro tipo de variación heterogénea, compleja y no fácilmente clasificable, se ‘dejó de tener en la memoria’ no porque se ignorara su existencia, sino muy al contrario: el “olvido” ha sido un hecho académico activo, reflexivo y perfectamente articulado como parte de “la construcción discursiva del español como artefacto político” (del Valle 2013). El papel central que la dialectología ha jugado en este proceso es uno de los aspectos principales que queremos tratar en esta introducción. No obstante, antes de ello, queremos ahondar algo más en el rol que la/el lingüista juega en la constitución de estas narrativas sobre la lengua, el cual comienza con los procesos de percepción.

2. Percepción y agentividad ideológica en la figura del lingüista

La percepción, si la consideramos como la aprehensión por medio de los sentidos de la producción de los hechos del lenguaje, es un fenómeno de singular importancia en el caso de los especialistas del lenguaje: los lingüistas. Pues es justamente lo que captamos y la manera como lo captamos lo que pasaremos a describir y a analizar. Como sabemos, no todo lo que se produce es captado por nuestros sentidos. Todo lo contrario, como dice Preston:

I will assume that there is nothing in language itself [in its materiality] that intrinsically triggers regard and assume that, after noticing, regard details are formed by an association between the noticed language features (for any linguistic level) and non linguistic caricatures of speakers (Preston 2010: 101-102).

Para Preston esta percepción (que denomina *regard*) es justamente el fenómeno por el cual un rasgo lingüístico atrae nuestra atención debido a los valores sociales a los que vienen coligados. Valores que pueden basarse en lugares comunes, convertidos muchas

veces en mitos, y que, como tales, se repiten una y otra vez; valores son las actitudes, basadas a su vez en creencias, si, siguiendo la definición ya clásica de actitudes lingüísticas, las definimos como un fenómeno compuesto por un elemento cognitivo, uno afectivo y otro conativo. Y de estas valoraciones no está libre el experto, hecho que peligrosamente se suele olvidar o soslayar. Porque, como dice Carsten Sinner para explicar el olvido que ha sufrido el español de Ushuaia (en este número), “la biografía personal y, así, la procedencia cultural y lingüística del investigador como individuo, puede jugar un papel muy relevante a la hora de acercarse a una determinada lengua o decidirse por un tema, como el estudio de un determinado contacto lingüístico”. Dicho de otro modo, como ya se señaló en Bürki (2016), el lingüista en tanto que individuo, está localizado en un tiempo y en un espacio social desde los cuales percibe los fenómenos lingüísticos que quiere estudiar, fenómenos que, dentro de esta realidad sociocultural a la que pertenece, van históricamente vinculados a determinadas categorías sociales, culturales, étnicas o estéticas. O, a la inversa, construye los fenómenos lingüísticos que ha estudiado de determinada manera, ajustados, de nuevo, a ideas concretas –políticas, científicas, sociales, culturales, etc.– de la realidad en la que le toca vivir. En este último caso, entonces, lo percibido pasa al “olvido”, en los sentidos que le da el DRAE al vocablo de ‘no tener en cuenta algo’ o de ‘dejar de tener en la memoria lo que se tenía o debía tener’. La percepción, pues, no sólo es un fenómeno sensorial, sino un fenómeno sensorial moldeado por la subjetividad de lo social.

Tras lo que acabamos de exponer, y aunque muy conscientes de lo escurridizo del término y de lo sobado que puede resultar, no podemos dejar de mencionar la influencia de las ideologías lingüísticas (en tanto que fenómenos de naturaleza social) en la manera como se percibe la realidad lingüística. Desde luego, los lingüistas tampoco somos inmunes a las ideologías lingüísticas. Probablemente el ejemplo más claro de la agentividad ideológica del especialista sean las gramáticas, los diccionarios y las ortografías de las lenguas, que justamente codifican, debido a razones sociohistóricas no desvinculadas de posicionamientos ideológicos, un solo modelo en desmedro de otros posibles. Pero también podemos aplicar lo que acabamos de exponer a los estudios dialectológicos tradicionales que han dejado fuera de la mira determinadas variedades porque desde la percepción del especialista no “caben” dentro del sistema hispano debido, por ejemplo, a su carácter mezclado, que dificulta su clasificación en el diasistema del español, definido desde la postura de la unidad de la lengua. Como señala Alessio Chinellato (en este volumen), la dialectología tradicional “resulta desbordad[a] por las variedades lingüísticas que emergen en situaciones de contacto de lenguas en regiones fronterizas, situaciones de un dinamismo enorme, [que] no pueden ser clasificadas ni cabalmente explicadas, por ejemplo, bajo la óptica tradicional del establecimiento de isoglosas”. O el problema puede resolverse a la inversa, “olvidando” todos los elementos alóglotas y foráneos, para construir la variedad como típicamente hispana y que de esta manera encaje en la diatopía castellana, como de hecho se percibió el judeoespañol desde la escuela pidalina (cf. Bürki en este volumen). Como observa atinadamente Rocío Caravedo:

Aunque se habla tanto de la existencia de la variación, hasta el punto en que ha terminado convirtiéndose en un lugar común, en realidad difícilmente se admite la

opcionalidad o la variación en materia lingüística, y esto no sólo ocurre respecto del *lego* sino de parte de muchos exponentes del discurso metalingüístico técnico (Caravedo 2014: 67).

Reservémosle pues ahora un espacio a la percepción del *lego*, que mediante las características del funcionamiento perceptivo fija la atención en uno u otro fenómeno. Este hecho y las actitudes que vienen vinculadas al elemento saliente proporcionan información de cómo funciona el espacio de variación sociolingüística de una colectividad. De ahí la importancia de los estudios perceptivos actuales, que justamente a través de la mirada émica se proponen descubrir de qué manera funciona el sistema de valores lingüísticos y cómo éstos se inscriben en los regímenes de normatividad lingüística imperantes en un espacio social, como muestra el estudio de Britta Schneider (en este volumen) sobre la situación sociolingüística en Belice. Pero muchas veces, la percepción del *lego* o de quien se está formando en las ciencias del lenguaje refleja la percepción del especialista, de modo que lo que éstos pueden percibir como saliente lo hacen porque lo juzgan como desviación con respecto a un modelo lingüístico que actúa como referencia y a partir del cual se han descrito las otras variantes. No nos referimos aquí a obras de carácter normativo, sino precisamente a obras concebidas desde epistemologías lingüísticas en concreto, como pueden ser los manuales de dialectología o de geografía lingüística por ejemplo, que muchas veces parten para la descripción e incluso para la proscripción de la variedad del propio investigador, que suele estar en consonancia con la canónica. En palabras de Klaus Zimmermann (en este volumen), lo que ocurre entonces es que “se realiza apenas un chequeo con sólo la introspección de la variedad del analista”.

De la misma manera ha procedido metodológicamente la sociolingüística variacionista, donde se elige una variable, la que se percibe de forma consensuada como la más normal o menos marcada dentro del sistema lingüístico, y a partir de la cual se derivan las otras variantes percibidas como divergentes. Si tal metodología resulta anclada en una epistemología y en una forma operativa que fue revolucionaria en su tiempo y que ha dado enormes frutos, sobre todo en el ámbito de la fonética, no podemos pasar por alto el hecho de que esta forma de proceder implica una manera de percibir el sistema, que le adjudica más valor a unas variantes que a otras, al tiempo que nos muestra la subjetividad de la percepción, también la del especialista, anclado en una determinada opción epistemológica.

Lo que acabamos de decir nos lleva a sacar a colación el hecho de que en la actividad del lingüista, eminentemente metalingüística, desempeñan un papel decisivo las opciones epistemológicas. Una epistemología no es otra cosa que una postura organizada y altamente sistematizada desde la cual el científico percibe los fenómenos lingüísticos para entenderlos, analizarlos y explicarlos. Las epistemologías son fenómenos de su tiempo (de ahí por ejemplo la existencia de los numerosos *turns* o giros epistemológicos) y, como tales, ni son inmunes a las realidades sociohistóricas ni mucho menos a las ideologías que llevan asociadas, cuestión que intentaremos mostrar a continuación con relación al ámbito de la dialectología. Como advierte Laura Morgenthaler (en este volumen), siguiendo una dialéctica hegeliana es obvio que una perspectiva heurística bebe siempre de otra formulada anteriormente, pero aún así no siempre es posible zafarse de las miradas compartimentadas y discretas de lengua hasta sus últimas consecuencias teórico-metodológicas; por eso, es necesario reconocer el aporte eminentemente crítico que, en su momento, ofrecieron términos sociolingüísticos (como el de diglosia) que ponían sobre la mesa el valor sociopolítico de las lenguas en una sociedad determinada.

3. El papel de la dialectología en la “creación de la lengua”

La dialectología tradicional, aunque en un principio se constituye como tendencia opuesta a los neogramáticos, así como a la lingüística histórica comparada, reproduce en su esencia una mayoría de los enfoques positivistas y esencialmente taxonómicos de las anteriores, si bien lo hace, por supuesto, bajo el nuevo prisma estructuralista de Saussure. Aunque de sobra conocido, queremos recordar aquí una de las más citadas definiciones del *Cours*:

Tomado en su totalidad, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo de varios dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al ámbito individual y al ámbito social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe cómo sacar su unidad. [...] La lengua, por el contrario, es un todo en sí y un principio de clasificación. Desde el momento en que le damos el primer puesto entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación (Saussure 1921[1985: 35]).

Si nos centramos en el ámbito de la dialectología hispánica, se aprecia la importancia de este axioma saussureano fundamental: la lengua es un principio de clasificación que permite la introducción de un “orden natural” así como de una “unidad”. Esta introducción de “orden natural” conecta, en cierto modo (y muy a pesar del padre de la lingüística moderna), con los árboles genealógicos de los neogramáticos y con un concepto esencialmente positivista de ciencia como clasificación de hechos observables objetivamente y por tanto, sin valor (Cameron et al. 1992). Esta postura de las “ciencias del lenguaje” llega, sin duda, a su máximo exponencial con el generativismo, pero también, según queremos exponer a continuación, con la geografía lingüística y ramas particulares de la misma, como el análisis dialectométrico. Antes de ello, quisiéramos continuar esta reflexión preliminar haciendo referencia a una cierta paradoja: si *dialecto*, en la dicotomía saussuriana, pertenece al ámbito de la *parole*, ¿cómo pues se sustenta en el quehacer científico estructuralista, que debe ocuparse exclusivamente de “la lengua y tomarla por norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje” (Saussure 1985: 34), el hecho de que la dialectología haya ocupado un lugar fundamental en su arbitraje? Y lo que aquí nos incumbe: ¿qué relación guarda esto con que algunos dialectos hayan sido “olvidados” en la construcción del corpus canónico de las variedades del español establecido por la dialectología hispánica?

La respuesta a la primera pregunta se encuentra fácilmente en la obra y legado de Coseriu: el célebre romanista cambia las leyes de la biología que los neogramáticos intentaron aplicar a la lengua por la noción de arquitectura o diasistema de la lengua histórica. En esta noción se parte de dos premisas principales: 1. “el concepto de dialecto cae bajo el concepto general de lengua”, y 2. “entre dialecto y lengua no hay diferencia sustancial” (Coseriu 1981: 5). Sin embargo, y he aquí el contraste: todo dialecto es una lengua, pero no al contrario, porque, aunque unidades como el español o el francés como lenguas históricas se consideren también un sistema de isoglosas, no “se trata de un sistema lingüístico inmediatamente realizable al hablar” (ídem). La diferencia fundamental entre dialecto y lengua es su estatus histórico, por el que un dialecto, “sin dejar de ser una lengua, se considera subordinado a otra lengua de orden superior” (1981: 6)¹. En ese mismo sentido, Alvar (1996: 13-14) entiende *dialecto* como “un sistema de signos desgajado de una lengua común, viva o desaparecida, normalmente, con una concreta delimitación geográfica, pero sin una fuerte diferenciación frente a otros de origen común”. De este modo, al definir dialecto como un sistema estructural completo, queda

plenamente justificada su inserción en la agenda estructuralista. Por otro lado, al hacer hincapié en la nimiedad de las diferencias, se asegura la homogeneidad de la lengua tal como lo requería Saussure. Estas teorizaciones sobre el concepto de dialecto son además, al menos para el caso del español, de clara herencia pidalina:

El español peninsular es entre las grandes lenguas romances la más unitaria; la lengua hablada en Península, salvo en Asturias y en el Alto Aragón, no muestra verdaderas variedades dialectales comparables a la multitud de ellas que se observan en el territorio del francés o del italiano; es también una de las lenguas más estables, que menos cambios ha sufrido desde el siglo XIII acá. Por su parte, el español americano es hablado mucho más uniformemente aún que el peninsular; lo mismo que el inglés americano, tampoco muestra diferencias que puedan llamarse dialectos; la colonización creó una cultura bastante igual en la inmensa extensión que hay desde Méjico hasta Chile y la Argentina (Menéndez Pidal 1957: 80)

Los posicionamientos teóricos que, como hemos visto, están íntimamente relacionados con aspectos ideológicos –y éstos a su vez con la configuración implícita de una particular política de la ciencia–, han tenido, obviamente, consecuencias en los protocolos metodológicos tanto de la dialectología como de la “lingüística de las variedades” en general. La variación está, en el ámbito de los acercamientos clásicos recién expuestos, siempre sumida en un orden mayor, que es la lengua histórica y que en ningún momento posee una “desviación extraordinaria” de la misma. Las ideologías monoglósicas de herencia decimonónica, junto a este concepto estructural de lengua como unidad discreta, no sólo se reproducen en las nociones imperantes de bilingüismo y multilingüismo (Makoni y Pennycook 2007; Grosjean 2008; García y Wei 2015; Canaranjah 2017), sino que lo han hecho en la noción tradicional de dialecto, el cual:

- está supeditado a un territorio particular cuyos límites pueden ser establecidos a través de fronteras regionales, nacionales o supranacionales (Morgenthaler García 2008)
- está relacionado con un saber cultural determinado así como con identidades etnoculturales diferenciadas (siempre sumidas en una mayor)
- otorga continuidad (territorial y simbólica) al espacio nacional (Heller 2008) y, en el caso de la hispanofonía, continuidad supranacional
- es bautizado con un nombre propio (Calvet 1974, Harris 1999, Makoni y Pennycook 2007)

La mayor diferencia con respecto a la “lengua” está en la noción estructuralista de que los dialectos pertenecen a esa unidad mayor que es el diasistema histórico. Estas nociones, unidas a la visión positivista de la objetividad de la ciencia, han llevado a una metodología esencialmente descriptiva y no siempre heurística en referencia a cuestiones de tipo ético (Cameron et al. 1992). Y esto no sólo en la dialectología, sino también en la sociolingüística cuantitativa. Cameron et al. (1992: 7) afirman, en este sentido, que las “asunciones epistemológicas” positivistas afectan a la elección de la metodología empírica a través de la que los investigadores (idealmente) producen representaciones objetivas de la realidad. A continuación, queremos mostrar a través de algunos ejemplos en el ámbito de la dialectología y sociolingüística hispánicas cómo estos factores (noción estructural de lengua, ideologías monoglósicas, epistemologías académicas) han marcado el quehacer metodológico y por tanto los resultados obtenidos, que consecuentemente son concordantes con –y reproducen– las ideologías y/o formas de conocimiento imperantes

y nos permiten dilucidar cuáles son las razones que han llevado al “olvido” de ciertas variedades¹.

3.1. Los atlas lingüísticos y etnográficos y la “creación de la lengua”

Los atlas lingüísticos y etnográficos del mundo hispanohablante han contribuido a que se conozca más detalladamente la variación diatópica de la lengua española o, más bien, cierto tipo de variación. Mirado desde una óptica heurística, también han contribuido a la *creación* (del Valle 2013) de la lengua española como una suerte de realidad tangible, que es diversa pero esencialmente unitaria, como ya lo era en el ideario pidalino y como ha seguido explotando la RAE. Ya en 1923, Menéndez Pidal, como director del Centro de Estudios Históricos, había comenzado la ideación del *Atlas lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI) y designó a Tomás Navarro Tomás como director del mismo. Navarro Tomás comienza con la recogida de datos en 1929 (García Mouton 2006), cuyo grueso se realiza hasta el estallido de la Guerra Civil, razón por la que no verán la luz hasta mediados de los años 50. Si se hace un recorrido al quehacer geolingüístico panhispánico, se observa que, por un lado, se encuentran los atlas de corte esencialmente diatópico que siguen la tradición romanista más clásica y que comenzaron con el de Tomás Navarro Tomás de 1948, *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*, al que siguieron otros de corte similar como el ALEIA, ALEICan, ALEICo, por nombrar sólo algunos (todos ellos bajo el auspicio principal de Navarro Tomás y, sobre todo, de Manuel Alvar). Por otro lado, tenemos otro tipo de atlas como el *Atlas Lingüístico de México*, dirigido por Lope Blanch, en el que se quiso ir más en concordancia con el modelo arquitectural de Coseriu y tomar en cuenta otras variantes, sobre todo de tipo sociolingüístico, en la recogida de los datos². La tarea titánica de la geografía lingüística en la elaboración de los mismos ha planteado una serie de problemas metodológicos y logísticos, que se han ido reduciendo, en parte, con el avance de las posibilidades tecno-informática³. Más que analizar los detalles de dicho proceder metodológico, queremos centrarnos aquí en las “asunciones epistemológicas” que apuntábamos arriba con Cameron et al. (1992), íntimamente ligadas a cuestiones ideológicas, de “construcción del conocimiento” (Heller 2008: 510). En el ámbito de la geografía lingüística, estas imbricaciones ideológicas y metodológicas se encuentran en muchas de las obras de los principales dialectólogos del siglo XX (y parte del XXI) pero son especialmente recurrentes en las introducciones, exposición de la metodología y reflexiones posteriores a los resultados de los ALE; materiales que, sin duda, aún deben ser analizados en profundidad desde una orientación crítica y glotopolítica.

De todas estas posibles fuentes, queremos rescatar aquí algunos párrafos de la introducción que Manuel Alvar hace a su proyecto (aún hoy inacabado) sobre un *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*, ya que entre muchas otras cuestiones que se podrían analizar, da respuestas claras a por qué las variedades que se abordan en este volumen no han formado parte de los atlas del español o de los compendios dialectológicos clásicos; o si lo han hecho, qué aspectos han sido borrados o invisibilizados. Aunque de sobra conocido, es necesario resaltar el hecho de que las metodologías utilizadas para la elaboración de los atlas en Hispanoamérica eran de corte europeo. Este “trasplante” metodológico a la realidad lingüística hispanoamericana (García Mouton 2006: 120), además de un claro acto de eurocentrismo, no estuvo exento de dificultades de ejecución, cuestión que no fue ajena a los expertos implicados en la elaboración cartográfica y el diseño de los cuestionarios con una “fisionomía especial” (Alvar 1984: 56). Fueron sobre todo los aspectos relacionados con los fenómenos de contacto los que hicieron que en

muchos de los atlas éstos no fueran tenidos en cuenta, ya que los cuestionarios, por la razón que se acaba de nombrar, no estaban diseñados para ellos⁴. Alvar ofrece una argumentación contundente en referencia al tratamiento de los aspectos más diferenciales de las variedades del español en América: éstos pueden ser tratados en atlas de corte regional “pequeños”, pero no en los atlas de gran dominio (como el de Hispanoamérica), ya que éste, en palabras del autor,

[...] trata de servir –como cualquier atlas de gran dominio– a la unidad y no a su diversidad. Y esto no es el planteamiento de una postura apriorística sino la necesidad de proceder, desde el campo de la ciencia, de la única manera posible (Alvar 1984: 59).

La cita no tiene desperdicio en referencia a los aspectos que hemos ido destacando aquí: la autoridad con la que el autor hace su acérrima defensa de la unidad le viene conferida nada más y nada menos que desde el propio quehacer científico, justamente aquél que ya advertía Saussure en el que “la lengua es un todo en sí y un principio de clasificación”. Aquello que forma parte de lo heteróclito y multiforme es conscientemente *borrado* en aras de la unidad, justamente en el sentido que han descrito Irvine y Gal (2000), es decir, se simplifica la situación sociolingüística y determinadas personas, actividades o fenómenos sociolingüísticos hasta tal punto que llegan a ser prácticamente invisibles. El insigne dialectólogo va incluso más allá cuando afirma lo siguiente:

Hemos tenido que sacrificar las peculiaridades de cada región para no presentar inmensas lagunas que nada añadirían a lo que ya sabemos de América [...] esto nos obliga a sacrificar la peculiaridad regional en beneficio de la unidad. No pretendemos defender una uniformidad inexistente, pero el trabajo se nos impone como un testimonio de unidad en lo fundamental (ídem).

El borrado consciente de “particularidades” tendrá obviamente consecuencias para la investigación futura, ya que la invisibilización llevará aparejada el olvido en la “creación de la lengua”. El metadiscorso de la unidad en la diversidad que se repite a lo largo de este proceso de construcción narrativa de la lengua y que ha marcado buena parte del quehacer filológico a ambos lados del Atlántico aparece completamente al desnudo en estos pasajes de Alvar y dan buena fe de su herencia pidalina: el trabajo, pues, de la geografía lingüística en el mundo hispanohablante es el de dar “testimonio de unidad en lo fundamental”, proceder que nuevamente es avalado por lo fehaciente y objetivo de “nuestra ciencia”:

Este es el gran bien pro indiviso que poseemos quienes a las dos bandas del océano poseemos una misma lengua [...] y a este fin ha de servir el atlas: recoger materiales que, de manera uniforme, con distribución geográfica homogénea y gracias a una visión simultánea nos permitan cubrir lagunas de ignorancia y, de una vez para siempre nos presenten la visión del español en toda su extensión en un momento determinado. Pero ésta y no otra fue la finalidad que hizo nacer a la geografía lingüística, quitemos el adjetivo español y estaremos en los planteamientos generales que nuestra ciencia ha seguido en el mundo románico. Y, no se olvide, la geografía lingüística es una ciencia románica y los hablantes de español pertenecemos a ese gran conjunto cultural al que llamamos la Romania. Y América, una por su lengua, es prolongación de la romanía europea [...] (Alvar 1984: 60).

El discurso pidalino de la unidad transatlántica que se reconstruye fielmente aquí tiene pues consecuencias más que obvias, no ya sólo en la elaboración de las metodologías sino consecuentemente en los resultados, en la recepción de los mismos y en el quehacer científico posterior. Si éstas han sido las bases ideológicas a través de las que se han

concebido los atlas, así como otros trabajos dialectológicos y de sociolingüística variacionista, se entiende por qué las variedades tratadas en este número o bien no han formado parte de los mismos o, si lo han hecho, qué aspectos se han “olvidado”. A continuación, profundizaremos en estas razones haciendo referencias a las aportaciones que conforman este volumen.

4. Nuestro volumen

Las variedades que se recogen a continuación son difícilmente clasificables si se parte de taxonomías que manejan categorías discretas o si se persigue emplear el concepto de isoglosas, debido a razones como las siguientes: se trata de variedades de contacto (español indígena), hibridizadas en el transcurso del tiempo (judeoespañol), fronterizas y de contacto (portuñol, español oliventino), “periféricas” dentro de un territorio mayormente hispanohablante (variedad de Ushuaia, caló), realizadas fuera de los territorios tradicionales adjudicados a la hispanofonía (repertorios del español en Belice, Sáhara, Islas Marianas, Guinea Ecuatorial). Desde luego, puede suceder que una variedad sea difícilmente clasificable porque acumula una serie de características como las que hemos esbozado aquí. Por ejemplo, en el caso de Guinea Ecuatorial o del Sáhara, se trata de hablantes, como apunta Klaus Zimmermann (en este volumen), que hablan un español indígena, en el sentido de que no tienen el español como lengua nativa. El artículo del profesor alemán reflexiona justamente en su contribución sobre el término de español indígena y muestra que no sólo es reduccionista, sino también lo es el de *variedades del español amerindio*, pues engloba muchas variedades surgidas del contacto con lenguas amerindias muy distintas entre sí. Apela por eso a los lingüistas, sobre todo a aquellos formados en la tradición hispana, a que se ocupen de manera integral de estas variedades para poder entender sus características –las idiosincrásicas y las compartidas–, pues sólo así podemos acceder a un conocimiento integral del conjunto de variedades que denominamos *español*. En la misma línea de la necesidad de ahondar en el estudio serio de estas variedades argumentan Silvia Chireac y Norbert Francis, quienes, desde una aproximación teórica que combina la adquisición de lenguas segundas con las teorías sobre el bilingüismo, se adentran en la investigación del español en contacto con las lenguas autóctonas de América mediante trabajos de campo *in situ* tomando como ejemplos paradigmáticos el náhuatl y el quichua (ecuatoriano). También Luis Andrade se centra en la descripción de una variedad del español indígena peruano olvidada: el de la sierra norte peruana. Una variedad que “ha sido sistemáticamente relegada en las descripciones existentes en la literatura”, negándosele así su estatus como un objeto legítimo de reflexión lingüística. Como sucede con otras variedades poscoloniales condenadas al olvido, lo que incluye también el aislamiento de los núcleos poblacionales que las hablan, el castellano andino norperuano ha desarrollado en esta situación de aislamiento rasgos propios, de una complejidad lingüística que amerita su estudio. Tomando como ejemplo paradigmático determinados rasgos de esta variedad, el autor aboga “por una revisión dialectal más exhaustiva de las variedades rurales americanas y peninsulares, así como [por] una contribución más estrecha entre la historia social de los Andes y la sociolingüística histórica”.

Si pasamos ahora a las variedades fronterizas, cuya génesis precisamente se debe al contacto entre lenguas que ocasiona la permeabilidad de las fronteras políticas, vemos también cómo han funcionado las dinámicas del olvido que en estas páginas hemos analizado. Así sucede en el estudio preliminar de Alessio Chinellato donde se exponen los resultados del contacto entre el español y el portugués en la zona fronteriza entre

Venezuela y Brasil. También si el autor no deja de reconocer que estamos ante zonas geográficas de difícil acceso, encuentra como razón principal para que estas prácticas lingüísticas resultantes del contacto no hayan sido estudiadas las ideologías lingüísticas monoglósicas, surgidas como resultado del ideograma dieciochesco “una lengua, una nación”. Esta ideología, constata el lingüista, han calado profundamente en los propios hablantes de dichos repertorios, quienes, sin excepción, reflejan esta idea de las lenguas como categorías discretas “ligadas indefectiblemente a una identidad nacional”. Por su parte, Elena Kireva se ocupa del español oliventino, una variedad que surge del contacto entre el castellano extremeño y el portugués. Tampoco ha merecido esta variedad la debida atención de los lingüistas, a pesar de que el análisis detallado de las variedades de contacto, como apuntaban también Silvia Chireac y Norbert Francis, permiten entender mejor las interrelaciones entre lo social y lo lingüístico en los procesos de cambio lingüístico por contacto, sobre todo en los casos de desplazamiento lingüístico. Tras un análisis detallado de los diferentes niveles lingüísticos del sistema oliventino, y profundizando sobre todo en el prosódico, Elena Kireva demuestra que el español oliventino está desplazándose hacia el estándar castellano (o hacia uno regional extremeño), proceso en el que desempeña un papel decisivo las actitudes con respecto al estatus lingüístico, pues el español oliventino está altamente minusvalorizado entre sus hablantes.

También el judeoespañol, en una situación de convivencia aglólota, aunque no como resultado de un proceso poscolonial, sino diaspórico dentro del contexto de las políticas imperiales otomanas, desarrollará por su aislamiento con respecto a la Península Ibérica rasgos propios que permiten rotularlo con el glotónimo *judeoespañol*. Pero es justamente la percepción de estos rasgos distintivos mirados desde los lentes de las ideologías monoglósicas los que engendrarán actitudes negativas que calarán profundamente entre sus hablantes. Por su parte, será la ideología de corte nacionalista, imperante en la filología española de principios del siglo XX, la que recurrirá a procesos de borrado con el fin de hacer más visible la continuidad de la unidad lingüística española, minimizando, como contraparte, los rasgos diferenciales surgidos del contacto lingüístico fuera de la Península Ibérica.

En cuanto a las contribuciones centradas en variedades “periféricas” dentro de un territorio mayormente hispanohablante, Carsten Sinner expone y analiza con detalle el porqué se ha “olvidado” otorgarle un espacio propio al español de Ushuahia dentro del diastema argentino. De acuerdo con el análisis que realiza el autor, ello se debe a una creencia ampliamente extendida entre los lingüísticos argentinos, a saber, que al sur de Buenos Aires se habla bonaerense. Bien mirado –dice Carsten Sinner– no se trata realmente de que el español de Ushuahia se haya “olvidado”, sino que son, de nuevo, los lentes a través de los cuales se ha percibido esta variedad los responsables de esta postura marcadamente monoglósica. De otra variedad relegada a la “periferia de las periferias” se ocupa Ivo Buzek en su contribución: el caló, la lengua de los gitanos españoles. Partiendo como base metodológica para su análisis de los conceptos de *iconización*, *elisión ideológica* y *recursividad fractal* elaborados por Irvine y Gal (2000), el autor muestra cómo cambian las posturas y las actitudes de acuerdo al prisma desde el cual se percibe y se valora el caló: el exógeno y el endógeno. Por lo que se refiere a la mirada exógena, Ivo Buzek atribuye las actitudes negativas hacia los gitanos y su lengua a las ideologías nacionalistas, que procuraban mantener la imagen de España como un Estado-nación uniforme, de modo que era menester invisibilizar “la presencia de otro grupo étnico llegado de fuera con una lengua propia”.

Varias son las contribuciones de este volumen que dan cuenta de procesos de

invisibilización y de olvido en territorios no considerados tradicionalmente hispanófonos. En su artículo sobre el español en el Magreb, especialmente en el Sahara Occidental, Laura Morgenthaler reflexiona acerca de los motivos por los que esta variedad apenas ha sido tenida en cuenta por la investigación y aduce un problema fundamental sobre las variedades de las lenguas coloniales en África: los modelos explicativos para contextos occidentales no ofrecen un marco de análisis adecuado y suficientemente dinámico para las mismas. Así, aunque el mundo árabe ha sido fundamental en la cimentación del concepto de diglosia, no es posible enmarcar con dicho concepto la complejidad de las prácticas lingüísticas así como de las relaciones jerárquicas entre las lenguas y/o variedades implicadas en la constelación multilingüe del Magreb. Basándose en la conceptualización de Calvet (2007) sobre una aproximación “desordenada” a la variación lingüística, la autora reflexiona qué otros acercamientos analíticos podrían ser posibles desde un punto de vista de la sociolingüística crítica. Por su parte, en su contribución sobre la presencia del español en Belice, Britta Schneider señala que, dentro de la enorme diversidad lingüística que ostenta este pequeño país centroamericano con el inglés como lengua oficial, el español es una lengua bastante extendida, con una importancia comercial considerable. A pesar de ello, y basándose en los datos recogidos en un trabajo de campo de tipo etnográfico-lingüístico realizado en un pueblo beliceño, la autora demuestra que el español es una lengua que se esconde porque en el discurso social imperante esta lengua se asocia a las clases bajas y, sobre todo, al estatus de extranjero, no beliceño. Eeva Sippola se ocupa del así denominado “español del Pacífico” mediante el análisis contrastivo del español de las Islas Marianas y el de la Isla de Pascua, lo cual le permite preparar el terreno para cuestionar la etiqueta que los reúne. Se trata, como muestra la autora, de una categoría eurocéntrica y reduccionista, que homogeniza las variedades en su cualidad de españolas, al tiempo que borra la variación lingüística surgida en contextos de contacto lingüístico. Con todo, anota la lingüista, también es de reconocerse los esfuerzos realizados en las últimas décadas para dotar a estas variedades de un perfil lingüístico más plural, que refleje su realidad. En el caso del continente africano, Sandra Schlumpf rastrea, a partir de estudios anteriores, las causas que han llevado al olvido del español guineoecuadoriano como una variedad con un perfil lingüístico propio dentro del conjunto de variedades hispanas. Además de la lejanía geográfica, destacan otros como los centrados en las posturas eurocéntricas. Sandra Schlumpf, como también lo hace Eeva Sippola en relación a las variedades del Pacífico, reconoce los esfuerzos de los últimos años, realizados tanto a nivel lingüístico como institucional, para otorgarle al español ecuatoguineano el lugar que le corresponde, pero recuerda que queda aún mucho por hacer para que “la ausencia del español ecuatoguineano en la investigación sobre la variación lingüística en el mundo hispanohablante pronto formen parte de un pasado poco halagador”.

Abre el volumen el ensayo de José del Valle, con el que nosotras cerramos estas palabras introductorias, puesto que nos permiten volver a la noción de *olvido*. Como punto de partida para sus reflexiones acerca de la construcción del objeto *lengua española*, José del Valle se vale de dos conceptos: el de *olvido* que, desde una perspectiva histórico-política le asigna el periodista y escritor David Rieff como herramienta de elaboración discursiva en las narrativas históricas con el fin de palear el dolor colectivo, y el de *memoria*, tal como lo define el filólogo Ernst Renan en tanto que herramienta central en la construcción de las narrativas nacionales. El binomio *olvido* / *memoria* están anclados en procesos selectivos, que recuperan determinados hechos frente a otros que borran. Sirviéndose de estos dos conceptos, que aplica a dos casos concretos, José del Valle analiza las imbricaciones y relaciones dialécticas que han servido para construir la historia de la lengua por profesionales de la lengua con fines glotopolíticos centrados en la unidad

nacional.

Quedándonos con el “olvido” y para volver a la idea inicial con la que abríamos estas reflexiones, lo que nos hemos propuesto en estas páginas es abordar de manera crítica y reflexiva el tratamiento de la variación en la lingüística hispánica y apelar a nuestra responsabilidad como lingüistas de tener muy en cuenta los “olvidos” y las causas glotopolíticas de éstos a la hora de posicionarnos frente a una epistemología y sus alcances metodológicos en la investigación de la variación lingüística hispana.

No queremos cerrar esta introducción sin agradecer a las autoras y autores del presente volumen la confianza depositada en nosotras y su participación en este proyecto. Agradecemos asimismo a Alessio Chinellato y a Cristina Díaz Gandía por su colaboración, dedicación y minuciosidad en el trabajo de edición de los artículos.

Referencias bibliográficas

- Alvar, Manuel. 1984. *Proyecto de un atlas lingüístico de Hispanoamérica*. En *Cuadernos Hispanoamericanos* núm. 409 (julio 1984): 53-68.
- Alvar López, Manuel. 1996. *Manual de dialectología hispánica: El español de América*. Barcelona: Ariel Lingüística.
- Bürki, Yvette. 2016. En torno a las miradas del lingüista. *En voz alta*. <http://www.edisoportal.org/en-voz-alta/1302-yvette-b%C3%BCrki>. Fecha de acceso Abril 2017.
- Bustos Tovar, José Jesús de. 2005. *Manuel Alvar, historiador de la lengua y humanista*. En *Jornadas Internacionales en memoria de Manuel Alvar*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico y Gobierno de Aragón, pp. 207-217.
- Calvet, Louis-Jean. 1974. *Linguistique et colonialisme. Petit traité de glottophagie*. Paris: Éditions Payot.
- Calvet, Louis-Jean. 2007. *Pour une linguistique du désordre et de la complexité*. En *Carnets d'Atelier de Sociolinguistique* 1: 1-67.
- Cameron, Deborah; Fraser, Elisabeth; Harvey, Penelope; Rampton, M. B. H.; Richardson, Kay. 1992. *Researching Language: Issue of Power and Method*. London: Routledge.
- Canaranjah, Suresh. 2017. *Translingual Practices and Neoliberal Policies*. Briefs in Linguistics. Wiesbaden: Springer.
- Caravedo, Rocío. 2014. *Percepción y variación lingüística: enfoque sociocognitivo*. Madrid / Frankfurt a. Main: Iberoamericana / Vervuert.
- Coseriu, Eugenio. 1981b. Los conceptos de dialecto, nivel y estilo de lengua y el sentido de la dialectología. *Lingüística española actual* 3: 1-32.
- del Valle, José, ed. 2013. *A Political History of Spanish The Making of a Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, Michel. 1978. *The History of Sexuality, an Introduction*, Volume I. New York: Random House, Inc.
- Foucault, Michel. 1980. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. New York: Pantheon.
- García Mouton, Pilar. 1992. *Lenguas y dialectos de España*. Madrid: Arco, Cuadernos de Lengua Española.
- García Mouton, Pilar. 2006. Los Atlas lingüísticos y las variedades del español de

- América *Boletín Hispánico Helvético*, pp. 111-122.
- García, Ofelia; Wei, Li. 2014. *Translanguaging: Language, Bilingualism and Education*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Grosjean, François. 2008. *Studying Bilinguals*. Oxford: Oxford University Press.
- Harris, Roy. 1999. *Integrational linguistics and the structuralist legacy*. *Language and Communication* 19, 45-68.
- Heller. 2008. Language and nation-state: challenges to sociolinguistic theory and practice. *Journal of Sociolinguistics* 12 (4): 504-524.
- Herling, Sandra; Patzelt, Carolin. 2013. *Weltsprache Spanisch — Variation, Soziolinguistik und geographische Verbreitung des Spanischen. Handbuch für das Studium der Hispanistik*. Stuttgart: Ibidem.
- Irvine, Judith T.; Gal, Susan. 2000. *Language Ideology and Linguistic Differentiation*. En P. V. Kroskrity, ed. *Regimes of language: Ideologies, politics and identities*. Santa Fe: School of American Research Press, pp. 35-84.
- Klee, Carol; Lynch, David. 2009. *El español en contacto con otras lenguas*. Georgetown: Georgetown University Press.
- Lara, Luis Fernando. 2013. *Historia mínima de la lengua española*. Ciudad de México: El Colegio de México / El Colegio Nacional.
- Makoni, Senfree; Pennycook, Alastair. 2007. *Disinventing and Reconstituting Languages*. Clevedon: Multilingual Matters.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1957. La unidad del idioma. En *Mis páginas preferidas. Estudios lingüísticos e históricos*. Madrid: Gredos, pp. 46-83.
- Morgenthaler García, Laura. 2008. *Identidad y pluricentrismo lingüístico. Hablantes canarios frente a la estandarización*. Frankfurt am Main / Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- Preston, Denis. 2010. Language, people, salience, space: Perceptual dialectology and Language Regard. *Dialectología* 5: 87-131.
- Saussure, Ferdinand. 1985. *Curso de lingüística General*. Akal: Madrid.
- Trudgill, Peter; Chambers, J. K. 1998. *Dialectology*. Cambridge: Cambridge University Press.

¹ Como ya se señaló en Bürki (2016), llama la atención que tanto los manuales de dialectología como otras obras globales especializadas publicadas en los últimos años y que sí tienen en cuenta algunas de las variedades que aquí hemos denominados *olvidadas* hayan aparecido fuera del mundo hispánico, como es el caso del de Herling/Patzelt (2013) o el de Klee/Lynch (2009).

² No obstante, es necesario recordar aquí que la tradición esencialmente pidalina que se sigue en el avance de la dialectología hispánica en el siglo XX fue perfectamente consciente de que la variación no era monolíticamente diatópica, sino que estaba atravesada por factores sociales. En palabras de Bustos Tovar (2005: 208): “Menéndez Pidal insufló nuevo aliento a ese positivismo con una visión sociocultural de los hechos lingüísticos”. De modo similar expresa del Valle (2013: 9): “in many respects, Menéndez Pidal can be included among the precursors of sociolinguistics in general and historical sociolinguistics in particular, which produced a new articulation of language and history through the mediation of social categories”.

³ Para una sinopsis de las metodologías de elicitación e interpretación de los datos, así como de las distintas representaciones cartográficas, ver García Mouton (1992, 2006).

⁴ Una excepción, como advierte Luis Fernando Lara (2013: 491), son los atlas del Uruguay y del Paraguay realizados por Harald Thun y su equipo.